



PREMIOS LITERARIOS



Con independencia de los Premios March —entre los que se incluye cada año uno de Letras— los Premios Literarios son concedidos, sin convocatoria previa, para cubrir en cada caso tres géneros o aspectos de la actividad literaria. En la concesión se valora la obra de conjunto de cada escritor y en especial la que corresponde a los cinco años precedentes. Se iniciaron en 1959 y su dotación es de 300.000 pesetas.

En dicho año 1959 se otorgaron a los tres géneros literarios considerados clásicos: novela, teatro y poesía, recayendo en autores todavía jóvenes y en plena actividad. Concedidos por segunda vez en 1960 se adjudicaron a libros de carácter crítico: ensayo y periodismo y crítica literarios. Los Premios de 1962, también en número de tres, se concedieron a escritores de Madrid, Cataluña y Galicia, como cultivadores de las literaturas castellana, catalana y gallega.

Cada ficha se ha elaborado anotando los rasgos estilísticos e ideológicos más notorios del autor, y “situándole” en las corrientes literarias actuales del país. Se acompañan algunos datos biográficos y una sucinta bibliografía.

JURADOS

AÑO 1959

NOVELA - TEATRO - POESIA

Designados por la *Real Academia Española*: Francisco Javier Sánchez Cantón (PRESIDENTE), Juan Ignacio Luca de Tena, José María de Cossío y Martínez-Fortún y Pedro Laín Entralgo (VOCAL); por el *diario «ABC» de Madrid*: Melchor Fernández Almagro (VOCAL); por el *diario «Ya» de Madrid*: Nicolás González Ruiz (VOCAL); por el *diario «Pueblo» de Madrid*: Dámaso Santos (VOCAL); por el *diario «El Noticiero Universal» de Barcelona*: Julio Manegat (VOCAL); por el *diario «Levante» de Valencia*: Sabino Alonso-Fueyo (VOCAL); por el *diario «La Vanguardia» de Barcelona*: Juan Ramón Masoliver (VOCAL); por el *diario «El Correo Catalán» de Barcelona*: Angel Marsa Beca (VOCAL); por el *diario «ABC» de Sevilla*: Santiago Montoto Sedas (VOCAL); por el *diario «La Gaceta del Norte» de Bilbao*: Javier de Bengoechea Niebla (VOCAL); por el *diario «El Heraldo de Aragón» de Zaragoza*: Luis Horno Liria (VOCAL); por la *revista «Índice» de Madrid*: Juan Fernández Figueroa (VOCAL); por la *revista «Insula» de Madrid*: José Luis Cano y García de la Torre (VOCAL); por la *revista «Destino» de Barcelona*: Rafael Vázquez Zamora (VOCAL); por el *Consejo de Patronato de la Fundación*: Félix García (SECRETARIO SIN VOTO).

AÑO 1960

ENSAYO - PERIODISMO - CRITICA

Designados por la *Real Academia Española*: Federico García Sanchís, Vicente Aleixandre Merlo y Juan Antonio de Zunzunegui y Loredó; por la *Real Academia de la Historia*: marqués de Lozoya y Jesús Pabón y Suárez Urbina; por la *Federación Nacional de Asociaciones de la Prensa de España*: Julio Trenas López, Francisco Casares Sánchez, José María Bugella, Francisco Sanz Cajigas y Pedro Voltes Bou; por el *Consejo de Patronato de la Fundación*: Félix García (SECRETARIO SIN VOTO).

AÑO 1962

«MADRID»

Gonzalo Torrente Ballester, *premio de Novela*, 1959; Antonio Buero Vallejo, *premio de Teatro*, 1959; José Hierro Real, *premio de Poesía*, 1959; Melchor Fernández Almagro, *premio de Crítica*, 1960; Dámaso Alonso Fernández de las Redondas, *premio de Ensayo*, 1960; José Pla, *premio de Periodismo*, 1960; Félix García, designado por el Consejo de Patronato de la Fundación (SECRETARIO SIN VOTO).

«CATALUÑA»

Designados por la *Real Academia de Buenas Letras de Barcelona*: Carlos Sanllehy Girona y José Vives Gatell; por el *Instituto de Estudios Catalanes*: Ramón Aramón y Serra y Juan Ainaud de Lasarte; por la *Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Barcelona*: Mariano Bassols de Climent y José María Castro y Calvo; por las *Diputaciones Provinciales de Barcelona, Tarragona, Lérida y Gerona*, respectivamente: Pedro Voltes Bou, Alejandro Sanvisens Marfull, Antonio Hernández Palmés y Ramón Guardiola Rovira; por las *Asociaciones de la Prensa de Cataluña*: Julio Manegat Pérez y Juan Ramón Masoliver; por el Consejo de Patronato de la Fundación: Carlos Emilio Montañés Crillión, presidente del *Círculo Catalán* (SECRETARIO SIN VOTO).

«GALICIA»

Designados por la *Real Academia Gallega de La Coruña*: Julio Rodríguez Yordi y Ricardo Carballo Calero; por la *Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Santiago de Compostela*: Enrique Moreno Baez y Antonio Fraguas Fraguas; por el *Instituto «Padre Sarmiento» de Estudios Gallegos*: Felipe Cordero Carrete y José Filgueira Valverde; por las *Asociaciones de la Prensa de Galicia*: Emilio Merino Losada y Julio Sigüenza Raymunde; por las *Diputaciones Provinciales de La Coruña, Lugo, Pontevedra y Orense*, respectivamente: Manuel López Sendón, Manuel Fraga Iribarne (por delegación de Luis Ameijide Aguiar, presidente de la *Diputación Provincial de Lugo*), Prudencio Landín Carrasco, presidente de la *Diputación Provincial de Pontevedra*, y José Luis Vázquez Doderó; por el Consejo de Patronato de la Fundación: Constantino Lobo Montero, presidente del *Centro Gallego* (SECRETARIO SIN VOTO).

AÑO
1959



Novela

Gonzalo TORRENTE BALLESTER

Nació en 1910, en El Ferrol del Caudillo. Cursó las carreras de Filosofía y Letras y Derecho en las universidades de Santiago de Compostela, Oviedo y Madrid. En la primera de ellas obtuvo el premio extraordinario de licenciatura. En 1936 ganó por oposición la plaza de profesor auxiliar de Historia de la Edad Antigua en la Universidad de Santiago, y poco después fue pensionado para ampliar estudios en la Sorbona. Al terminar la guerra civil española se reintegró a la labor universitaria, y en 1940 ganó una cátedra de Lengua y Literatura en el Instituto de Santiago. Pasó al

del Ferrol, donde fue nombrado director en 1942. En enero de 1947 obtuvo el título de profesor de Historia General en la Escuela de Guerra Naval de Madrid, cargo que ejerció hasta 1962. Es miembro del Instituto Internacional del Teatro.

La carrera literaria de Torrente Ballester empieza durante la guerra civil. Ejerce entonces el periodismo político, como tantos hombres de letras. Sin embargo, abandona pronto esa actividad para entregarse de lleno a su vocación de escritor. Su primer libro, *El viaje del joven Tobias* («misterio» representable), fue publicado en 1938. Se inicia ahí su dedicación a un tipo de teatro intelectual que tuvo otras muestras, como *El casamiento engañoso*, con el que logra el premio nacional de Autos Sacramentales en 1939, *Lope de Aguirre* (1941) y *El retorno de Ulises* (1945). En estas piezas, como en las que seguirán, ya dentro del campo de la novela, se advierte la capacidad de ideación y la densidad de pensamiento.

Su primera novela, *Javier Mariño*, aparece en 1943. Siguen *El golpe de Estado de Guadalupe Limón* (1945), *Ifigenia* (1949) y *Compostela*. Más tarde tradujo las *Elegías de Duino*, de Rilke. Es también autor de *Teatro español contemporáneo* (1958) y de un *Panorama de la literatura española contemporánea* (segunda edición, 1961), muy personal y que fue objeto de varias polémicas.

Desde junio a diciembre de 1941 ejerció la crítica teatral en el diario «Arriba». Nueve años después se reincorporó a tal labor.

La obra que le proporcionó el Premio March, *El señor llega*, fue publicada en 1957. El autor se propuso, sobre todo, hacer una novela genuinamente psicológica e intelectual. Triunfan, pues, al cabo de los años, aquellas virtudes de «consciencia» y delectación en las ideas; aquel impulso inicial por ver, no solamente los hechos consumados, sino también y de manera especial, el mundo interior. Dicha novela era la primera de un ciclo, *Los gozos y las sombras*, completado, con *Donde da la vuelta el aire* (1960) y *La Pascua triste* (1962). El primer acierto estriba en el valor sustantivo y acabado de cada novela, que no se opone, antes bien, ayuda al plan orgánico de la trilogía. La actitud técnica que exige la continuidad en las dos primeras fue resuelta con fácil naturalidad. El ciclo abarca la historia de una familia. Realismo solariego, psicologismo y cierto matiz irónico que a veces se alza hasta el sarcasmo. «Clarín», Flaubert... Pero lo que importa es la creación de tipos, como el de Clara, indeleble, sostenido con fuerza y belleza verdaderamente patentes a lo

largo de cientos de páginas; el análisis de caracteres; el cálculo de efectos dramáticos; la justeza en la expresión; la habilidad constructiva... Se perfila ya en esta obra una tendencia satírica, una indudable flexión hacia lo grotesco (no hacia el esperpento, el cual nos da la deformación típica del espejo cóncavo, sino hacia realidades más hondas, deformación de relaciones, más que de personas), que habrá de culminar en su última novela: *Don Juan*.

Este mito ha sido una de las obsesiones del escritor, que ahora, en la cima de su madurez mental, nos ofrece «su» Don Juan. Frente al psicologismo y biologismo que Pérez de Ayala y Marañón aplican al tipo que personifica el donjuanismo, Torrente Ballester, con elementos de Zorrilla, y de Tirso especialmente, le da una trascendencia, una dimensión teológica. Si para Sartre «el infierno es el otro», para Torrente el infierno es el «yo». En efecto, Don Juan se condena (como en Tirso), pero en su propio infierno, y al negársele el trámite de la muerte (suave premio a quien ha vivido intensamente una «lucha») arde en su «yo». Don Juan no es constitutivamente el burlador de las mujeres, que no le importan en sí mismas, sino como instrumento de su lucha contra Dios. El centro histórico de esta novela es la burla de la hija del Comendador. Pero la burla no consiste en gozar a la mujer con falsas promesas, sino en encender su deseo y huir cuando ella es ya pecado, fuerza activa del mal, sin que nada se consume. El dardo va contra la Divinidad.

El proceso de degradación—a que queda sometido el Comendador, su clase y sociedad, por vía grotesca—más intenso aún al describir con mil delicadezas a una ramera, la figura más atractiva del libro, indica el sentido crítico que nunca ha abandonado al novelista.



Teatro

Antonio
BUERO
VALLEJO

La obra de Buero Vallejo representa, en conjunto, la aportación más importante a la escena española después de la guerra civil. Su teatro enlaza con la tradición española, es, a un tiempo, inquieto y renovador, y posee una temática enraizada en los problemas vivos de nuestro tiempo.

Nacido en Guadalajara en 1916, estudió Bellas Artes y no ha abandonado nunca su vocación pictórica. Fruto del interés de Buero en este campo es su *Gustavo Doré. Estudio crítico-biográfico* (1949). La aparición de Buero en el mundo literario español fue resonante: obtiene en 1948 el importante premio Lope de Vega del Ayuntamiento de Madrid (creado en 1932, conferido a autores como Joaquín Dicenta y Alejandro Casona, y no convocado desde 1935 a 1947) con *Historia de una escalera*. Su estreno, el año siguiente, constituye un acontecimiento teatral. Se trata de una obra de clima popular y hasta cierto punto costumbrista, pero en ese ambiente se inserta un argumento de directa fuerza humana y de valor universal.

En 1950 estrena *En la ardiente oscuridad*, obra de muy distinto carácter y contextura, sorprendente por su atrevimiento escénico y por su efectismo de buena ley. El mundo de los ciegos en su problemática más honda está captado con alucinante precisión.

Madrugada (1953) es un episodio dramático de apretada significación psicológica y de gran maestría técnica. Tres años más tarde, en la tragi-comedia *Hoy es fiesta*, Buero utilizará esa sorpresa final—justificada aquí por la estructura misma de la pieza—, volviendo al ambiente de *Historia de una escalera* y combinando de nuevo el clima popular con un despliegue de contenidos esencialmente humanos.

Con *Un soñador para un pueblo* (1958) Buero Vallejo se vuelve hacia el teatro histórico, tendencia que continuará con *Las Meninas* y *El concierto de San Ovidio*. La reconstrucción de una época—el siglo XVIII en este caso—es, sin embargo, lo menos importante. En el fondo se trata de una interpretación dialéctica ejemplificada en un momento crucial de nuestra historia. En *Las Meninas* (1960) es Velázquez la figura elegida para la evocación. Pero la anécdota, independientemente de su marco, tiene unos valores éticos universalistas.

La última obra del dramaturgo, *El concierto de San Ovidio* (Parábola en tres actos, 1962), está en la misma línea, aunque su conexión con el devenir histórico es más íntima. De nuevo nos presenta el autor el mundo de los ciegos, pero la problemática es ahora distinta: si *En la ardiente oscuridad* tiene una motivación psicológica y metafísica, aquí es fundamentalmente social.

Además de las obras mencionadas, Buero ha estrenado: *Las palabras en la arena* (1949), *La tejedora de sueños* (1952), *La señal que se espera* (1952), *Casi un cuento de hadas* (1953), *Irene o el tesoro* (1954), *Las cartas boca abajo* (1957) y *Aventura en lo gris* (1963), escrita en 1949 y reescrita varias veces. Además ha publicado *El terror inmóvil (fragmentos de una tragedia irrepresentable)* (1954), y ha realizado una nueva versión al espa-

ñol del *Hamlet* de Shakespeare. Está en posesión de los premios siguientes: Lope de Vega (1948), Amigos de los Quintero (1949), Nacional de Teatro (1957, 1958 y 1959), María Rolland (1956, 1958 y 1960) y Juan March (1959).

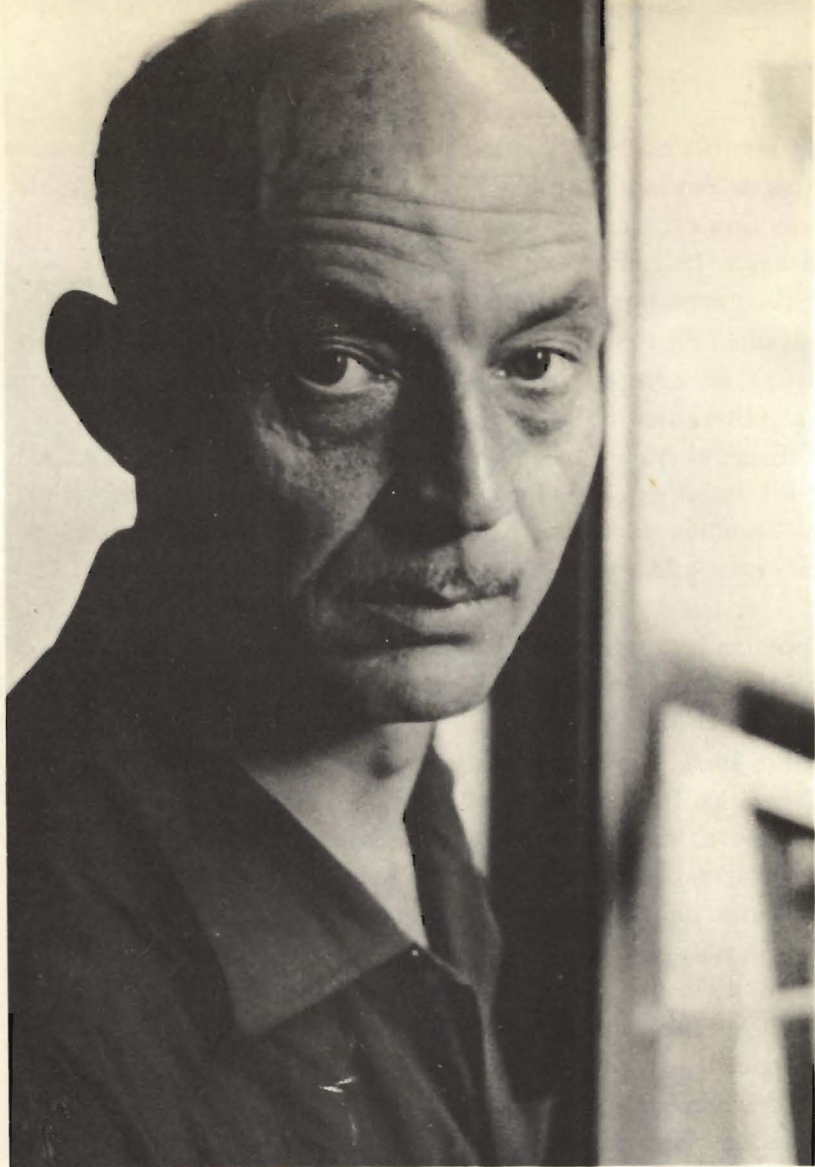
La dramaturgia de Buero Vallejo, cuyo propósito y sentido ha explicado con frecuencia el propio autor en los comentarios que acompañan a las primeras ediciones de sus obras, presenta tres caracteres esenciales: en primer lugar, el cuidado en la construcción, cierto clasicismo formal aliado a una dialéctica muy precisa y trabada. En segundo lugar, el autor introduce claros elementos didácticos y éticos. Por último, aparece en sus dramas un clima de base realista, que busca el impacto emocional directo y que puede entroncarse con Galdós y Arniches. Fuera de la tradición nacional, el teatro de Buero ha sido relacionado por la crítica con autores como Ibsen, Priestley, Arthur Miller, Kafka, Borges y otros. Ciertamente, Buero es, de un lado, un dramaturgo de honda veta española, pero su consciencia creadora, su relativa falta de fecundidad—trasunto de un paciente estudio de la técnica y temática teatrales—, su ponderación, su coherencia de propósitos, el perfecto equilibrio de los valores realistas y los simbólicos, de la observación y la imaginación, son cualidades raras en nuestra literatura.

Historia de una escalera, *En la ardiente oscuridad* y *Madrugada* han sido llevadas al cine. Son varios los dramas que han alcanzado el honor de ser traducidos y representados en el extranjero. Algunos, por la sencillez y belleza de su lenguaje, se han publicado en Inglaterra y en los Estados Unidos, donde sirven de libros de texto para el estudio del español en la universidad.

Las obras de Buero Vallejo están editadas en la colección "Teatro", de Ediciones Alfíl. Ocho de ellas figuran en dos volúmenes de la colección "Gan Teatro del Mundo", de la Editorial Losada, de Buenos Aires.

Del autor de *Historia de una escalera* se han ocupado escritores y críticos de primer orden. Recientemente, la revista "Agora", de Madrid, le ha dedicado un número especial.

Entre otros libros, pueden consultarse: Jean Paul Borel: *Théâtre de l'impossible*, Ed. de la Bacconnière, Neuchâtel, 1963; Alejandro Gao: *Prosa fugitiva (Entrevistas)*, Ed. Colenda, Madrid, 1955; F. García Pavón: *Teatro social en España*, Taurus, Madrid, 1962; J. Guerrero Zamora: *Historia del teatro contemporáneo*, Flors, Barcelona (I y II, 1961; III, 1962; IV, en preparación); A. Marquerie: Prólogo a *Historia de una escalera*, Janés, Barcelona, 1950; D. Pérez Minik: *Teatro europeo contemporáneo*, Guadarrama, Madrid, 1961; G. Torrente Ballester: *Teatro español contemporáneo*, Guadarrama, Madrid, 1957; A. Valbuena Prat: *Historia del teatro español*, Noguer, Barcelona, 1956.



José HIERRO

Poesía

Nace en Madrid, en 1922. Los años de infancia y adolescencia transcurren en Santander, junto al mar, que será tema constante de su poesía. Tras una estancia en Valencia (1944-46) regresa a Santander, donde reside hasta 1952. Por entonces inicia su actividad literaria, formando parte del grupo poético de la revista "Proel".

Vuelto a Madrid en 1952, realiza una activa labor periodística: especialmente crítica de arte en la prensa diaria. Pronuncia conferencias sobre pintura y literatura en diversas ciudades españolas y extranjeras, y organiza y dirige el Aula de Poesía del Ateneo, por donde desfilan sin interrupción los escritores españoles, especialmente de las promociones más jóvenes. También el teatro le debe adaptaciones y revisiones de obras de Shakespeare (*La tempestad*) y de Calderón (*No hay burlas con el amor*).

Su obra poética ha merecido las más altas recompensas: en 1953, el Nacional de Literatura; en 1947, el Premio Adonais; en 1958, el de la Crítica, y en 1959, el March.

En su primer libro, *Tierra sin nosotros* (1947), aparece ya, embrionariamente, la temática fundamental de la poesía de Hierro: el canto lírico como necesidad viva, la soledad frente al paisaje, una melancolía norteña—de brumas y claridades espectrales—, la obsesión del pasado y la angustia ante el transcurso del tiempo. A esto se incorporará, con *Alegría* (1947), el júbilo vital, la naturaleza bullente y la "alucinación" como búsqueda de la palabra perdida, del instante incomprendido o inexistente.

Su tercer libro, *Con las piedras, con el viento* (1950), devana la incompatibilidad trágica entre la belleza pura y la expresión angustiosa que causa el fluir del recuerdo. El título—un verso de Lope de Vega—alude a las preguntas incesantes que el poeta formula a la naturaleza. *Quinta del 42* (1952) introduce en su mundo poético elementos historicistas, aunque enraizados en un lirismo personal y estricto. Hierro está igualmente distante de la poesía minoritaria, de torre de marfil (véase su poema "Para un esteta") y de la poesía social en su forma más extremada. También surgen en este libro, poderoso y dolorido, las evocaciones musicales (Victoria, Palestrina), que encontrarán sus formas más completas en *Cuanto sé de mí*.

Estatuas yacentes (1955) está constituido por un único poema, bello canto de muerte, sueño e inmortalidad. Las figuras de un sepulcro en la catedral de Salamanca motivan los versos encendidos de José Hierro. En *Cuanto sé de mí* (1957)—título sacado de un verso de Calderón—

cristalizan las líneas maestras de su lírica. En algunos casos, como en el poema "Experiencia de sombra y música (Homenaje a Haendel)", alcanza una transmutación literaria de lo musical puro.

Su última obra, *Libro de las alucinaciones*, supone una cumbre de la poesía española contemporánea. Realidad y ensueño llegan a un equilibrio de concentración lírica y densidad expresiva. El autor ha recogido en volumen sus *Poesías Completas: 1944-1962*.

Para Hierro, "el poeta es una hoja más entre los millones de ellas que forman el árbol de su tiempo. Raíces comunes las alimentan. Por eso lo que dice de sí mismo es válido para los demás. Lo único que distingue al poeta no es su mayor sensibilidad, sino su capacidad de expresión. Es una hoja que habla entre hojas mudas". Acorde con esta concepción básica, su expresión tiende a una sencillez formal: son—dice el poeta—"palabras de cada día bajo las que suena la corriente fluvial de la ternura". La concepción que Hierro tiene de la poesía aparece muy clara en el prólogo a su antología *Poesía del momento* (1957) y en la poética que figura al frente de los poemas incluidos en la *Antología consultada de la joven poesía española* (1952). Su aspiración es "dejar el poema en los puros huesos, eliminando todo lo que no está vivo. De ahí mi aversión a lo que tantas veces es recurso para disimular la noble desnudez: adjetivos y metáforas". Si a veces sus poemas denotan espíritu inquieto y hondos supuestos ideológicos y estéticos, la estructura de los versos de Hierro es cristalina, transparente. Estilo que usa como materia prima "la palabra cotidiana, cargada de sentido", depurado y asequible, pero que, simultáneamente, traduce un mundo poético complejo y rico, y supone, en su sencillez, una gran maestría técnica. "Mi admiración 'profesional'—escribe—tiene un triple nombre: Rubén Darío, Juan Ramón Jiménez, Gerardo Diego... Pienso que en los tres poetas que he citado aprendí lo poco o mucho que del oficio poético sé".

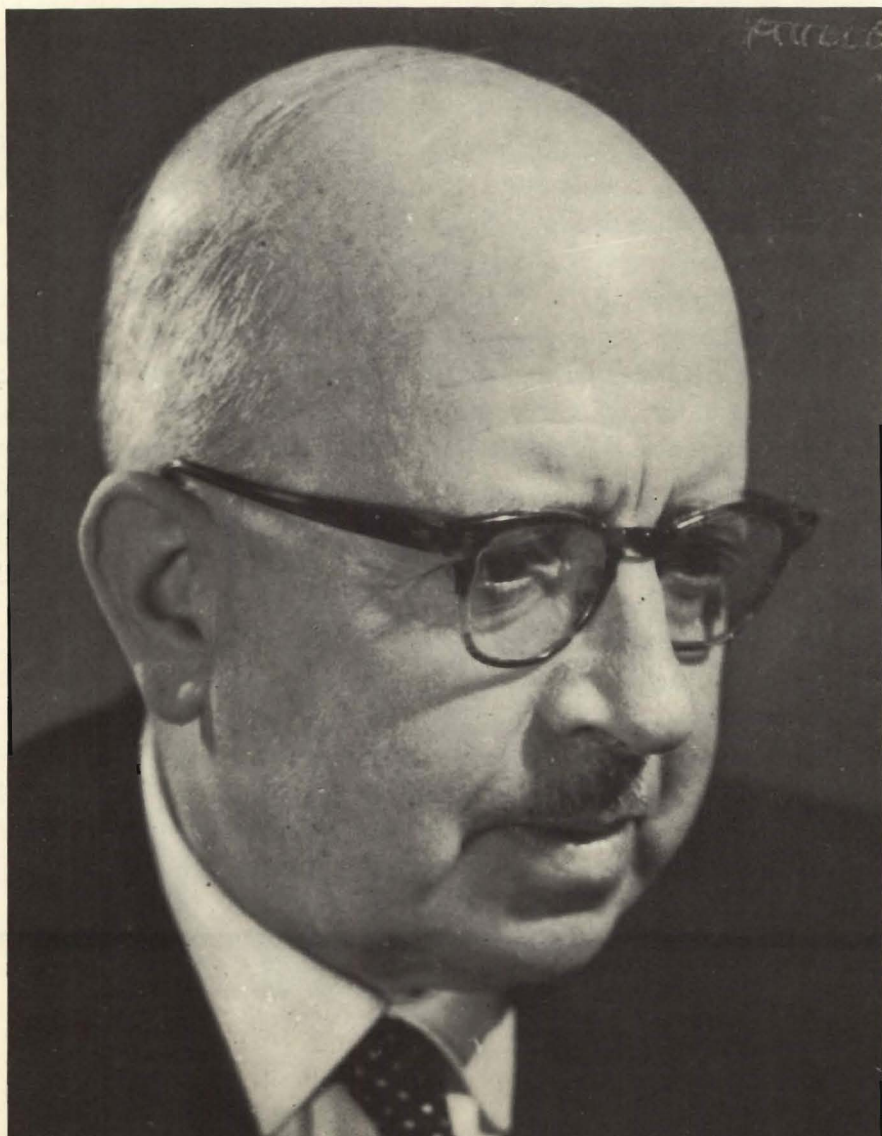
La bibliografía de Hierro quedaría incompleta sin la mención de su estudio sobre el pintor santanderino *Pancho Cossío* (1959) y de su cuento *Quince días de vacaciones* (1952).

Sobre José Hierro remitimos—aparte de las obras generales y las antologías de poesía española contemporánea—al libro de José Luis Cano: *Poesía española contemporánea*, Madrid, Guadarrama, 1960, y a *Los Encuentros*, de Vicente Aleixandre, Madrid, Guadarrama, 1958.

AÑO 1960

Ensayo de creación

Dámaso ALONSO



Raramente puede encontrarse en las letras españolas una figura cuya labor abarque con igual acierto la creación poética y la investigación literaria y filológica. Desde hace más de cuarenta años, Dámaso Alonso reparte con energía su fecunda vida en ambos campos...

Nacido en Madrid en 1898, tras abandonar la carrera de Ciencias Exactas, obtiene la licenciatura en Derecho (1919) y el doctorado en Filosofía y Letras (1928). Colaborador del Centro de Estudios Históricos, es allí discípulo de Menéndez Pidal, a quien sucedería en la dirección de la "Revista de Filología Española". Enseña, sucesivamente, en las universidades de Berlín, Cambridge, Stanford, Columbia, Oxford, Leipzig, Yale, John Hopkins, Harvard y otros centros de Europa y América. Gana una cátedra de Literatura en la Universidad de Valencia y más tarde—al jubilarse Menéndez Pidal—la de Lingüística Románica en Madrid. Su labor pedagógica, en España y fuera de ella, no se ha interrumpido nunca, irradiando desde el aula un saber filológico extenso y profundo que ha formado científicamente a millares de alumnos.

Entre tanto, su incesante tarea como investigador ha tenido amplia resonancia en nuestro país y en el extranjero. Como conferenciante recorre las dos Américas y toda Europa; es elegido miembro de la Real Academia Española (1948) y de la Real Academia de la Historia (1959), así como de la *Modern Language Association*, la *Hispanic Society of America*, la *Bayerische Akademie der Wissenschaften* de Munich, la *Modern Humanities Research Association*, la *Accademia letteraria Arcadia*, la *Accademia Nazionale dei Lincei*, la *American Philosophical Society*, etc. Imposible mencionar aquí todos los honores y cargos conferidos a Dámaso Alonso en justa correspondencia a su labor excepcional como lingüista, filólogo, crítico literario, forjador de una nueva estilística y maestro de toda una generación de jóvenes eruditos, a través de su cátedra, su actividad de conferenciante y sus libros.

Es doctor *honoris causa* de las universidades de Lima, Hamburgo, Friburgo (Alemania), Roma y Oxford; posee los premios Nacional de Literatura (1927), Fastenrath (1943) y March (1960).

En sus manos, la crítica literaria gana en humanidad, en amenidad e incluso en gracia, sin perder exactitud o erudición. Sus primeras obras fueron una aportación decisiva al entendimiento de Góngora operado por la generación de 1927: *Temas gongorinos* (1927), *Evolución de la sintaxis de Góngora* (1928), *La lengua poética de Góngora* (1935) y, sobre todo, la edición de las *Soledades* con versión prosificada (1927), que mostró cumplidamente al mundo literario cómo las bellezas de la obra del gran poeta cordobés podían ser perfectamente comprendidas y gustadas. En 1942 aparece uno de sus estudios fundamentales: *La poesía de San Juan de la Cruz*. De 1944 son sus dos importantes trabajos de crítica y estilística: *Ensayos sobre poesía española* y *Versos plurimembres y poemas correlativos*. La *Vida y obra de Medrano* (I, 1948; II, 1958, en colaboración con S. Reckert), *Poesía española: ensayo de métodos y límites estilísticos* (1950), acaso su obra maestra, y *Seis calas en la expresión literaria española* (1951, en colaboración con Carlos Bousoño) ahondan en el fenómeno lírico con poderosa lucidez. En *Primavera temprana de la literatura europea* (1960) reúne tres trabajos

—sobre las jarchas, una glosa emilianense y *Tirant lo Blanch*—, en los que el método y la penetración crítica obligan a rectificaciones de importancia en la historia de la literatura española.

Otros títulos en la producción de Dámaso Alonso, incansable en la búsqueda de una exactitud y perfección que le han llevado a numerosas reediciones corregidas y aumentadas de sus obras más importantes, son: *Estudios y ensayos gongorinos* (1955), *Menéndez Pelayo, crítico literario* (1956), *De los siglos oscuros al de Oro* (1960), *Cuatro poetas: Garcilaso, Góngora, Maragall, Antonio Machado* (1962), *La fragmentación fonética peninsular* (1962) y *En busca del hombre Góngora* (1963). Se le deben también la bella antología *Poesía de la Edad Media y poesía de tipo tradicional* (1936), la del *Cancionero Antequerano* (1950, en colaboración con R. Ferreres), y las ediciones y estudios de Carrillo de Sotomayor, Gil Vicente, el *Polifemo* de Góngora y *El Enquiridión* de Erasmo. Por último, hay que señalar sus traducciones de Joyce (*El artista adolescente*, con el seudónimo de "Alfonso Donado"), Hillaire Belloc (*María Antonieta*), de poetas como Maragall, Shelley, Hopkins y T. S. Eliot, y de los *Problemas y métodos de la Lingüística*, de W. von Wartburg (en colaboración con E. Lorenzo).

Como poeta, publica, ya en 1921, su primer libro: *Poemas puros, poemillas de la ciudad*. Pero sus obras más importantes aparecen en 1944: *Oscura noticia e Hijos de la ira*. El primero de estos libros, inquietante, turbulento, asocia un barroquismo expresivo a una transparencia intelectual que llega al más alto límite de pureza poética en el bellissimo *Sueño de las dos ciervas*.

Hijos de la ira es una de las obras más rotundas, varias y frenéticas de la lírica española contemporánea. Elementos surrealistas, unidos a un impulso psíquico incontenible, se plasman en un estallido abigarrado de objetos y pasiones. "Ojos atónitos de muerto, chillidos de puñales, arrugas de horror, se estremecen, se clavan como tentáculos de misterio a través de toda la materia poética" (Valbuena Prat).

Su último libro poético, *Hombre y Dios* (1955), más remansado y melancólico, delicado de matices, traspasado de nostalgia y de serena tristeza, incluye uno de los poemas más bellos del autor: "A un río le llamaban Carlos". En revistas ha avanzado poemas de su libro en prensa *Gozos de la vista*.

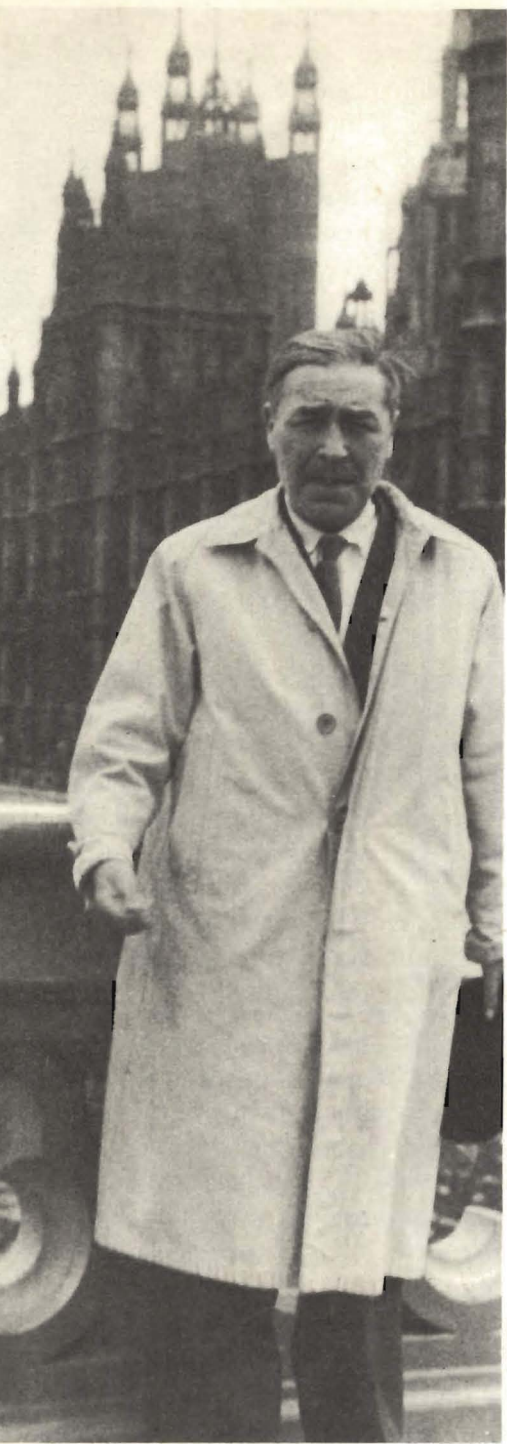
La poesía de Dámaso Alonso, a veces abrupta, a veces extática, es de una prodigiosa musicalidad y perfección formal; pero al mismo tiempo es emocionalmente torrencial y de una humanidad volcánica.

Algunos de sus libros de creación y de crítica han sido traducidos a diversas lenguas.

La copiosa e importante obra de Dámaso Alonso ha sido objeto de numerosos estudios. Al cumplir los sesenta años se le dedicó un *Homenaje* (I, 1960; II, 1961) en el que colaboraron colegas y discípulos españoles y extranjeros. Las revistas "Índice", "Insula", "Agora" y "Papeles de Son Armadans" le han dedicado números especiales. Una bibliografía completa sobre Dámaso Alonso es la de Fernando Huarte en el citado número de "Papeles de Son Armadans" (año III, tomo I, número XXXII-III; hay separata) y en "Insula" (número 138-139).

José PLA

Pla es uno de los autores más destacados de la literatura catalana actual. Nació en Palafrugell (Gerona) en 1897. Perteneció así al grupo de escritores catalanes de la Dictadura, a una generación con marcado sentido lírico en la que destacaron poetas que siguieron la doble línea ejemplar de Verdaguer y Maragall: aquél ordenó y dio estructura a la lengua vernácula; éste logró elevarla hasta la elocuencia intelectual. Luego de estos dos maestros—uno, la palabra; el otro, la *idea*—, aparece, dentro de la generación de Pla, Carles Riba, que resuelve en síntesis aquella doble corriente poética. Si el magisterio de este grupo es innegable, también lo es que se trata de un grupo huérfano de novelistas y aun de prosistas. De ahí que no exista actualmente novela catalana de primer orden. Tras Oller, Vayreda, Ruyra, Víctor Catalá, entre otros, que obligarían a remontarse a los últimos



años del siglo pasado, y que practicaron especialmente la novela de tipo rural, contemplamos un vacío del que se salvan pocos nombres. A ese preciso momento hay que adscribir la personalidad de José Pla, que, por lo demás, tampoco es en rigor novelista, aunque sí narrador de extraordinarias dotes que le permiten captar con original acierto figuras humanas y ambientes: su valor como paisajista literario es notable y hay páginas suyas que son pinturas acabadas de las montañas y costas de su Cataluña natal.

Pla cursó el bachillerato en Gerona. Interno en un colegio de religiosos, fue expulsado por turbulento. Comenzó a estudiar Ciencias, abandonándolas para hacer Leyes, carrera que terminó en 1919, pero que nunca ejerció: las letras eran su vocación indeclinable. Ingresa al poco en "La Publicidad", que lo envía de corresponsal a París. Estamos en 1920. Desde entonces no ha dejado de escribir. En 1924 publica su primer libro. En seguida pasa a desempeñar la corresponsalía del citado diario en Madrid, donde asiste a los momentos culminantes de la República, que recogería en su obra *Madrid*, y después en un gran reportaje político: los cuatro tomos de su *Historia de la segunda República*.

Va al extranjero, donde reside varios años de nuevo como corresponsal. Visita toda Europa y el Cercano Oriente. Son años decisivos en la maduración del escritor. Terminada nuestra guerra, se retira a su finca próxima a Palafrugell. Allí se encuentra a gusto: Pla no ha dejado nunca de ser un campesino, un "payés". Nacido de una familia de la clase media enraizada en el campo, la tierra le atraerá siempre más que ninguna otra cosa. Sus colaboraciones en periódicos son abundantísimas, y el autor comienza la revisión de su obra que, bajo su apariencia asistemática y dispersa, aspira a dar, en el fondo, una visión total de la Cataluña contemporánea. Pla se halla todavía metido en esta tarea.

En primer término estamos ante un periodista excepcional. Su primera época se caracteriza justamente por la lucha entre su vocación de narrador puro y la de periodista de oficio. Su adhesión al periodismo —lúcido, constructivo— viene determinada por sus propias ideas: "No creo que el escritor lleve ningún mensaje personal exclusivo. Esta es la última forma del romanticismo literario, la más pretenciosa y pueril que el romanticismo literario produjo. Por el contrario, creo que el escritor tiene una responsabilidad total ante la época que le ha tocado vivir... Esto es infinitamente más importante que las inútiles y estériles tentativas para llegar a una originalidad salvaje y primitiva. La literatura es el reflejo de una sociedad determinada en un determinado momento". Como es natural, estas ideas le hacen abrazarse al periodismo en sus más diver-

sas facetas: artículos, ensayos, biografías... Desde igual punto de vista aborda su labor en el campo del género narrativo: novela y cuento.

Pla no es un moralista, sino un humorista. Su humor procede más bien del sentimiento que de la inteligencia. Cabe dividir el humorismo en dos grandes bloques: el atlántico y el mediterráneo. El primero irradia una luz fría y elegante que se limita a iluminar aquella zona donde el ser humano se comporta irremediablemente como un ente grotesco. El segundo conlleva ternura y comprensión, va en ayuda del hombre. Pla es un mediterráneo puro, un ampurdanés, de humor dulce y sentimental.

Su estilo es directo, vivaz, de adjetivación "precisa, arraigada y divertida", según sus propias palabras. Junto a su copiosa labor periodística, sus libros capitales—la mayoría escritos en catalán, aunque maneja también con destreza el castellano—son, además de los ya citados, *Madrid e Historia de la segunda República: Llanterna mágica*, *Cartes meridionales*, *Russia*, *Coses vistes*, *La vida de Manolo contada per ell mateix*, *Viaje en autobús*, *El pintor Joaquín Mir*, *La huída del tiempo*, *Cambó*, *Viatge a Catalunya*, *L'Iparmiologia o el sistema de Francisco Pujols*, *Cadaqués*, *Contraban*, *Cartes d'Italia*, *Santiago Rusiñol i el seu temps*, *De l'Empordanet*, *Aigua salada*, *Els pagesos y Girona*, *Un senyor de Barcelona*, *Guía de la Costa Brava*, *Girona y Barcelona*.



Crítica

Melchor FERNANDEZ ALMAGRO

De perfil acusado en la sociedad madrileña, nació en Granada, en 1893. En su *Viaje al siglo XX* (1963) ha recogido morosamente las sensaciones de los primeros años de su vida. Vivió siempre en un ambiente de estudio y de esfuerzo espiritual. Los primeros libros que llegaron a sus manos procedían de la biblioteca de su bisabuelo, muy versado en materias filosóficas. Pero a Fernández Almagro le atraían,

sobre todo, los episodios de la vida pública. En seguida le fueron familiares los nombres de Castelar, Sagasta, Maura...

El primer arte que le sedujo fue la pintura. Le dieron clase de dibujo don Manuel Gómez Moreno y el gran acuarelista Ruiz Morales. En cuanto a las artes literarias, su pasión inicial fue el teatro. Una impresión inolvidable está unida al *Hamlet*, que vio representar al actor Francisco Fuentes en Granada. Era niño aún. Luego, durante sus estudios de bachillerato, fueron concretándose sus inclinaciones. El asesinato del rey de Portugal y del príncipe heredero le sugirió su primer artículo, que envió, con seudónimo, a "El Defensor de Granada".

Fernández Almagro obtiene el doctorado en Derecho en 1918. Abandona la vía profesional para entregarse a su vocación literaria, que le lleva, por lo pronto, a la Redacción de "La Epoca", donde hace, con la destreza de un periodista de raza, artículos de fondo y donde le asignan también la sección de crítica teatral, cuando dejó de firmarla allí Gómez de Baquero, "Andrenio". Era un honor, un reconocimiento pleno, en aquel gran periódico del marqués de Valdeiglesias y de Mariano Marfil. Por esos mismos años—1922-23—obtuvo el importante premio "Charro-Hidalgo", que el Ateneo de Madrid otorgó a su libro, entonces inédito, *Vida y obra de Angel Ganivet*, publicado en 1925. El jurado estaba compuesto por Azorín, R. Pérez de Ayala, "Andrenio", E. Díez Canedo y Ramiro de Maeztu.

Muy pronto alcanza rango de gran crítico. Comienza al mismo tiempo su fama de historiador. Conviene en este punto dar su bibliografía esencial, aparte de los dos libros ya citados: *Orígenes del régimen constitucional en España* (1928); *Historia del reinado de Alfonso XIII* (1933); *Historia de las repúblicas centro y sudamericanas*, tomo 39 de la *Historia Universal de Oncken* (1939); *Historia de la segunda República española* (1940); *Jovellanos* (1940); *Vida y literatura de Valle-Inclán* (1943); *La emancipación de América y su reflejo en la conciencia española* (1944); *Política naval de la España moderna y contemporánea* (1946); *Por qué cayó Alfonso XIII* (1947, en colaboración con el duque de Maura); *En torno al 98* (1948); *Cánovas: su vida y su política* (1951); *Granada en la poesía romántica* (1951); *Historia política de la España contemporánea. I: Desde la revolución de septiembre a la muerte de Alfonso XII* (1954); *Historia política de la España contemporánea. II: Regencia de Doña María Cristina de Austria* (1958).

La sapiencia de Fernández Almagro para conjugar sus capacidades de periodista, crítico e historiador, da siempre una severidad y una amabilidad a sus escritos pocas veces igualada. Si todos sus libros son notables, el *Cánovas* le sitúa entre los más relevantes historiadores contem-

poráneos. Por su delicadeza al armonizar los recuerdos y los datos con la evidencia y la conjetura, todo ello sin solución de continuidad; su agudeza para descubrir lo actual bajo la superficie engañosa de la circunstancia; su estilo sereno, terso, trasunto de un espíritu forjado en la medida y la civilidad, Fernández Almagro, alma esencialmente liberal, antibohemio por excelencia, adicto a la compostura, es él mismo fiel retrato de sus libros.

Ingresó en la Academia de la Historia en 1944 y en la Española en 1951, siendo sus respectivos padrinos el duque de Maura y Emilio García Gómez. Desde 1922, en que comenzó a dedicar parte de su esfuerzo a la crítica, la ejerció en "La Epoca", como ya hemos dicho, y en "La Voz", "El Sol", "Ya", "Revista de Occidente", "La Vanguardia", "ABC"... Al fundarse "Cruz y Raya" fue miembro de su consejo de redacción, junto con Alfonso García Valdecasas, José María de Cossío y Manuel de Falla, entre otras figuras.

Pero si su tarea es insoslayable desde el punto de vista de la crítica literaria, como historiador—en especial del siglo pasado—su obra es fundamental. "Melchor Fernández Almagro—escribió Azorín en 1951—al escribir su *Cánovas*—minucioso, exacto, sugestivo—ha escrito la historia de la España política en la segunda mitad del siglo XIX". Su rigor científico no es frío, sino poético. El "moro amigo", como le llamó, en *Pombo*, Ramón Gómez de la Serna, es un finísimo escritor español a quien la Fundación trató de honrar con el premio de crítica literaria.

El lector que desee más referencias sobre Fernández Almagro puede hallarlas en los libros siguientes: Luis Araújo Costa: *Biografía de "La Epoca"*; Camilo José Cela: *La rueda de los ocios*, Mateu, Barcelona, 1957; Alejandro Gaos: *Prosa fugitiva: Entrevistas*, Colenda, Madrid, 1955; Ramón Gómez de la Serna: *Pombo*, B. Beltrán, Madrid, 1918; Dámaso Santos: *Generaciones juntas*, Bullón, Madrid, 1962.

AÑO 1962



Ramón GOMEZ DE LA SERNA

"MADRID"

Ramón aparece como un renovador después de la generación del 98. Traía un acento nuevo de "literato", de juglar... Funda en 1912 la cripta de Pombo, immortalizada en el cuadro de Solana. La primera guerra mundial le sorprende en Portugal, desde donde envía diariamente

a "El Sol" notas y glosas, bajo el título *Horarios y Variaciones*. Su obra nace de una vital alegría funambulesca, especie de alacridad demiúrgica, como si él mismo crease las cosas. ¿Y no era así? Su mundo ¿es imaginario o real? Real, sin duda. Pero "prodigiosamente" real. La irrupción de Gómez de la Serna en la literatura es comparable a la del cinematógrafo, el jazz, el psicoanálisis... Ramón fue una descarga, una zona eléctrica.

Había nacido en Madrid en 1888. Se hizo abogado, pero nunca ejerció. Sólo se puso la toga para fotografiarse y dedicarse la fotografía a sí mismo. Publica su primer libro en 1904, *Entrando en fuego*, y hasta su muerte no cesa en aquella fulgurante pasión de crear. Jean Cassou, que fue quien primero se ocupó en Francia de Ramón, escribía en "La Nouvelle Revue Française": "Había entrado en el fuego, es decir, en el universo. Y el universo es resplandeciente, el universo está lleno de casualidades, de interferencias, de analogías, de metáforas, de metamorfosis, de absurdos, de revelaciones, de caprichos, de coincidencias, de contradicciones, de milagros".

Bastantes años después de contribuir, junto con Cansinos Assens, a fundar el movimiento ultraísta, lo definió así: "El genio de España es particular, y quien no se defiende como singularidad no se salvará fundando el artificio del grupo o de la escuela".

Cuando empieza a escribir artículos, su tía Carolina Coronado, poetisa romántica, rogaba a su hermano que influyese cerca de Ramón para que abandonase la literatura. Carolina trataba únicamente de "evitar cuanto se pueda esa verdadera calamidad de la familia". Odiaba las academias —odio aprendido del modernismo—, pero es nombrado secretario de literatura del Ateneo. Su *Memoria* produce un escándalo sin precedentes. Canalejas quiso llevarlo de secretario particular. Ramón se negó.

Tras un viaje a París regresa a Madrid, urbe que alimenta su extraña genialidad de saltimbanqui. Comienza sus disertaciones. Cuando lo hace en el circo, se sube a un trapecio y lee una interminable y única serpentina. Si habla de toreros, se viste de luces. Al tratar de Napoleón, se disfraza de Bonaparte. En Santiago de Chile los médicos le dan un banquete y asiste en traje de cirujano, pidiendo que se utilicen como cubiertos los instrumentos quirúrgicos... Atraía como un peligro y vivió rodeado del asombro y la irritación de las gentes. Quizá las palabras más significativas acerca del raro escritor sean las de José Bergamín: "Ramón es huérfano de todo, de sí mismo también, como Charlot, con quien se le compara... Ramón escribe mal, como Charlot anda mal—y como Josefina Baker baila mal—; expresamente, expresivamente".

Un día le ocurre algo extraordinario. Sale al balcón de su piso y tropieza con un diván. En ese momento inventa la greguería, esa nonada, esa concreción del subconsciente, que, sin embargo, es la mayor dimensión del *ramonismo*.

El propio autor intenta en varias ocasiones una definición de la greguería; definiciones que, a su vez, resultan greguerías nuevas. He aquí

una característica: "Es la sospecha venial". Aparecen las primeras en 1917 y luego crecen en sucesivas colecciones: 1918, 1919, 1927, 1929, 1935, 1940... La greguería no es una ocurrencia aislada en la obra de Ramón, sino la destilación última de su estilo y procedimientos, ya que todas sus obras, en mayor o menor medida, son agrupamientos, sumas o ampliaciones de greguerías. Así ocurre ya con *El Rastro* (1918), su primera obra importante y uno de sus logros mejores, hasta *Automoribundia* (1938), autobiografía que ciertos críticos estiman decadente y que para otros es su libro cimero: contiene todos los elementos literarios y resortes retóricos, el muestrario completo de su numen.

De sus obras narrativas merecen citarse *Seis falsas novelas* (1927), *Cinelandia* (1930), *La hiperestésica* (1931) y *Piso bajo*, con la que se adelanta, poéticamente, a *Lolita*, de Nabokov; de sus biografías, las de Azorín, El Greco, Carolina Coronado, Silverio Lanza, Goya, Valle-Inclán y Solana; de sus crónicas y memorias, *Pombo* (1918), *El circo* (1926), *La sagrada cripta de Pombo* (1926), *Elucidario de Madrid* (1931) y *Explicación de Buenos Aires* (1947). El tema de los toros aparece distorsionado en *El torero Caracho* (1927). También intentó el teatro con *Los medios seres* (1929), pieza donde germina la vanguardia posterior: Ionesco, Adamov..., aunque esta circunstancia no ha sido señalada por la crítica, como tampoco la influencia que el propio Gómez de la Serna recibe de Alfred Jarry, autor del insólito *Ubu Roi*; es decir, lo que debe Ramón a la "patafísica", palabra que merecía haber brotado de su boca.

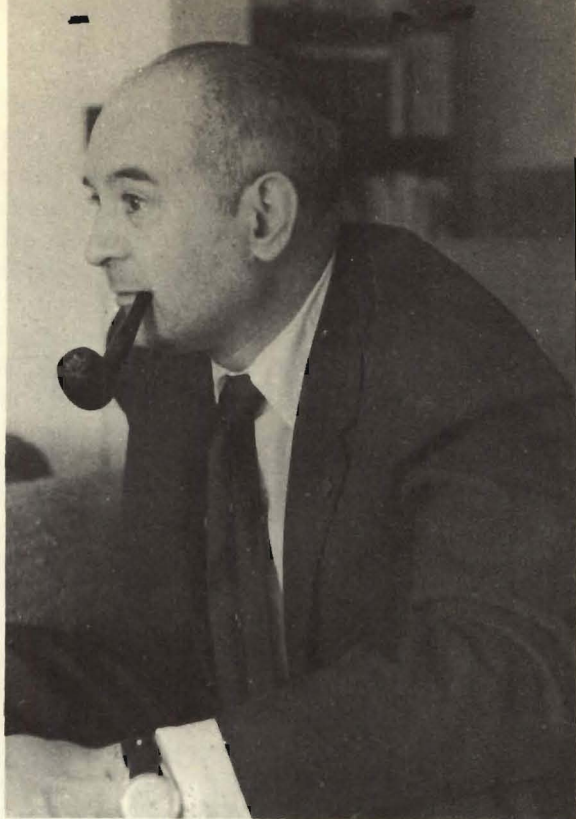
En conjunto, la obra de Gómez de la Serna no es explicativa ni analítica, aunque aparezcan de continuo títulos que aluden a estas cualidades (se trata de un rasgo humorístico), sino caprichosamente descriptiva. Objetos y seres se yuxtaponen, explicándose con metáforas sugeridoras, oscuras. "Es—escribe Dámaso Alonso—un vértigo de asociación de los elementos más inconexos de la realidad... Coincide con el antirrealismo humorístico de una parte de la picaresca, especialmente con el de Quevedo".

Ramón fue, relativamente, un escritor minoritario. Patético y divertido a un tiempo, pagó con el desasimiento social su originalidad. Fue un lujo de la literatura.

En 1931 estuvo por primera vez en Buenos Aires. Volvió en 1933 y allí vivió hasta su muerte (1963). Recibió tierra en Madrid, ciudad a la que dedicó sus mejores y más emotivas páginas, y a la que "reinventó": un Madrid tan hermoso como inviable, nacido dentro de un museo. Podría decirse, por sugestión goyesca, que su vida y su obra constituyen un "disparate claro".

Sobre Ramón pueden verse los libros de Rodolfo Cardona: *Ramón Gómez de la Serna*, Nueva York, Torres and Sons, 1957; Gaspar Gómez de la Serna: *Ramón y Madrid*, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1952, y *Ramón*, Madrid, Taurus, 1963; y Luis S. Grangel: *Retrato de Ramón*, Madrid, Guadarrama, 1963.

"CATALUÑA"



Martín de Riquer Morera

Barcelonés, nacido en 1914, es catedrático de la Universidad de la ciudad condal, presidente de su Real Academia de Bellas Letras y correspondiente de la Española y de la Historia. Posee el título nobiliario de Conde de Casa Dávalos.

El prestigio de su obra trasciende las fronteras nacionales. Martín de Riquer es vicepresidente de la *Société Internationale Rencesvals*, miembro de la *Académie Internationale d'Héraldique* y miembro honorario de la *Accademia di Scienze, Lettere e Arti* de Palermo y de *The Modern Language Association of America*.

Su atención investigadora abarca todo el curso de la historia literaria española y románica, pero se ha centrado en la Edad Media, de la que ha estudiado, sobre todo, la épica, la lírica trovadoresca y la novela de caballerías: el medievo, desde sus comienzos hasta ese momento en que, siendo todavía Edad Media, representa el albor de la era moderna y es germinalmente pre-renacimiento y aun pre-barroco. Mundo radiante de los «héroes de la interioridad», encarnado por los trovadores catalano-franco-provenzales, naciente burguesía comercial, refinamiento, prelación cronológica respecto de lo castellano, a lo que se adelanta para formar

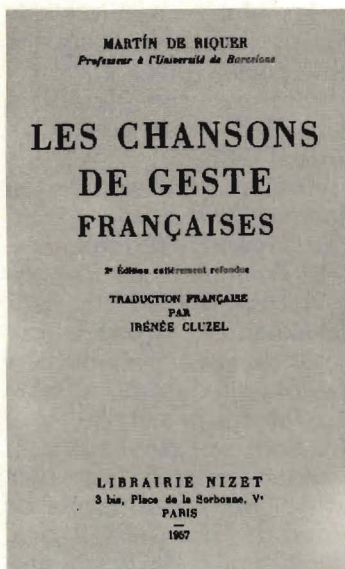
después—como lo ejemplifica el contacto entre el barcelonés Boscán y el toledano Garcilaso—un patrimonio común.

Martín de Riquer parte así de las letras catalanas, insiste, como escribe José María Valverde, «en el cultivo de ese elemento que tanto ha correspondido y corresponde a Cataluña reforzar dentro del conjunto español: el sentido entre ascético y estético, entre moralista y deportivo, de las buenas 'maneras literarias' y sociales, de la dignidad de los grupos de selección que van depurando el trabajo y el estudio». Pero al autor, que señorea el panorama románico, la literatura castellana, y la francesa, provenzal e italiana, le son tan familiares como la suya propia. Superando cualquier estrecho criterio regionalista, se ha esforzado por establecer relaciones entre todas ellas y por llegar a sintéticas visiones de totalidad. Esto le otorga puesto peculiar dentro del campo de la cultura catalana y lo aleja tanto de la pura erudición como del especialismo.

Desde la perspectiva periférica que le confiere su lugar de nacimiento y su formación intelectual ha estudiado ampliamente ese factor «mediterráneo» sin el cual no puede comprenderse cabalmente a España. De igual modo se ha interesado por el mundo clásico. Gran conocedor de los autores griegos y latinos, ha hecho hincapié en la idea, hoy generalmente aceptada, de que el paso de la Edad Media al Renacimiento no significa meramente el redescubrimiento de la antigüedad, sino más bien un cambio en el modo de vivir su herencia, hasta el punto de que, en más de un sentido, el hombre medieval interpretó las normas antiguas con más fidelidad que el renacentista.

A los diecinueve años publicó un trabajo sobre la influencia del *Secretum* de Petrarca en Bernat Metge, del que editaría críticamente las obras completas, como lo haría también con *Tirant lo Blanc* y varios clásicos catalanes, de Ramón Llull a Verdager, pasando por Antoni Canals, Andreu Febrer, Jordi de Sant Jordi y Ausias March... La literatura castellana le debe asimismo ediciones de *El caballero Zifar*, don Juan Manuel, Arcipreste de Talavera, Juan de Mena, *La Celestina* y *los Lazarillos*, Fray Antonio de Guevara, Boscán, Calderón, Zabaleta, el *Tesoro de la lengua castellana* de Covarrubias, la traducción hecha en 1511 de *Tirante el Blanco*, las versiones castellanas de Ausias March y las poesías de Camoens en esta lengua.

Mención aparte merece su edición anotada del *Quijote* y sus importantes estudios de esta obra y de su autor, entre los que destacan su enjundioso manual *Cervantes y el Quijote*, que enfoca socialmente con sugerencias muy superiores a las aportadas por Marx, Trilling y Hauser; su «Introducción al Quijote» y «La technique parodique du roman médiéval



dans le Quichotte», donde nos da los supuestos implícitos de la parodia cervantina, sin los cuales no es posible entender plenamente la genial novela.

También hay que dedicar capítulo aparte a sus numerosos trabajos en el campo de la épica castellana en el que complementa la labor de Menéndez Pidal y su escuela con contribuciones originales, y de la épica francesa, que conoce como nadie. Es significativo que en la Sorbona el libro de texto sobre la epopeya del país vecino sea precisamente el de Martín de Riquer, *Les chansons de geste françaises*.

Su ejemplar laboriosidad ha fructificado en tan copioso acervo de obras y estudios de índole general y de tema especializado, que sólo podemos aquí dar noticia de los títulos más relevantes. Entre ellos están los de los siguientes libros: *L'humanisme català: 1388-1494* (1934), *Comentaris crítics sobre clàssics catalans* (1935), *Manual de heràldica espanyola* (1942), *Resumen de literatura catalana* (1947), *Resumen de literatura provenzal trovadoresca* (1948), *La lírica de los trovadores, I* (1948), *Nuevas contribuciones a las fuentes de «Tirant lo Blanch»* (1949), *Resumen de versificación espanyola* (1950), *Los cantares de gesta franceses: sus problemas, su relación con España* (1952), *Historia de la literatura universal* (en colaboración con José M.^a Valverde, 1957) y *Caballeros catalanes y valencianos en el Passo Honroso* (1962).

Además de las ediciones ya mencionadas, ha publicado las poesías de Bernat de Ventadorn (1940), el texto, traducción y comentario de veinte poesías del trovador Cerverí de Girona (1946), las obras completas de este mismo trovador (1947), tres tomos antológicos de textos literarios románicos medievales: cantares de gesta (1950), poesía lírica (1951) y materia de Bretaña (1952), una *Antología de la literatura espanyola* (1953) y las traducciones de los textos franceses del siglo XII de *El cantar de Roldán* (1960) y el *Perceval* de Chrétien de Troyes (1961).

Por último, Martín de Riquer ha contribuido incansablemente, en revistas españolas y extranjeras, y en obras colectivas, con ensayos y artículos de *épica espanyola y francesa* («L'épopée vivante en Espagne», «Vitalidad de la épica tradicional en España», «El fragmento de Roncesvalles y el planto de Gonzalo Gustiós», «Sobre el romance 'Ferido está don Tristán'», «Un problema en la 'Chanson de Roland'», «Epopée jongleresque a écouter et épopée romanesque à lire»); de *novela medieval y caballeresca* («Dos notas sobre novelística espanyola medieval», «Triste delytación, novela castellana del siglo XV», «La 'aventure', el 'lai' y el 'conte' en María de Francia» y diversos trabajos sobre el *Perceval* y *Li Contes del Graal*); de *relaciones y fuentes* («Relaciones entre la literatura renacentista castellana y la catalana de la Edad de Oro», «Influencia de Ausias March en la literatura castellana de la Edad de Oro», «El 'Africa' de Petrarca y la Crónica sarracina de Pedro del Corral»; de *lírica provenzal* (varios estudios sobre los trovadores Guilhem de Berguedan, Cerverí de Girona y Guilhem de Cervera, «El 'escondit' provenzal y su pervivencia en la lírica románica», «Le troubadour Peyre de Rius et Gaston Fébus, comte de Folx»); y de *literatura catalana* («La lengua de los poetas catalanes medievales», «Una literatura de aristócratas, cortesanos y teólogos», «La 'Tragèdia de Lançalot', texto artúrico catalán del siglo XV», una serie de estudios sobre Bernat Metge, etc.).



"GALICIA"

Ramón OTERO PEDRAYO

Entre las obras que distinguen a este escritor de vigorosa raigambre galaica, tal vez la más significativa sea *La vocación de Adrián Silva*. Relato tenso, cuajado de finas meditaciones. Pero transido, sobre todo, por la pompa entre barroca y helenizante de una Galicia que Otero Pedrayo canta con los más ricos acentos de la literatura castellana. Fondo campestre, de auras pastorales, en el que, como en las perspectivas de Snyders, aparecen faunos y diosas. Visión poderosísima, directa y mítica de la tierra gallega. La repercusión de la novela en los medios críticos fue grande. La razón era que el autor daba una Galicia no local, no limitada a lo que es como rincón campesino. Por el contrario, expresó la entraña de aquella tierra, su personalidad histórica y cultural, su ser, sus hombres. Es decir, alcanzaba, en notable medida, el sueño de todos los narradores: expresar lo universal a través de lo particular.

Nació Otero Pedrayo en Orense el año 1888. Hizo sus estudios universitarios en Santiago de Compostela y en Madrid. En 1910 se licenció en Filosofía y Letras, y un año después en Derecho. En 1919 ganó por oposición una cátedra de Geografía e Historia, que explicó largos años en el Instituto de su ciudad natal. Doctorado en 1936, y tras de una pausa en su carrera académica obtuvo, también por oposición libre, la cátedra de Geografía de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Santiago, que desempeñó de 1950 a 1958, fecha de su jubilación.

Son prácticamente incontables las prosas gallegas que Otero Pedrayo ha publicado en diarios y revistas. Durante largo tiempo utilizó el seudónimo de *Santiago Amaral*. La agudeza psicológica, la morosidad, la observación irónica, son datos que caracterizan esas prosas jugosísimas.

En su formación literaria han intervenido muchos elementos, algunos de ellos dispares. No obstante, podemos señalar que es primordialmente romántica y simbolista, es decir, muy del siglo XIX. Informado exhaustivamente de las corrientes literarias modernas, fue glosándolas en la sección *Letras de afora* de la revista "Nós". Sección que es un verdadero troquel de análisis y depuración literaria, no condicionado más que por el afán reflexivo. Ricardo Carbayo Calero afirma: "En las páginas de ese boletín de la cultura gallega, que dirigía Vicente Risco, quedaron las primeras traducciones de James Joyce realizadas en España: páginas del *Ulyses* en versión gallega de Otero".

Aparte de varios estudios de geografía e historia, que atienden a su vocación universitaria y docente, destacan entre sus novelas: *Pantelas*,

home libre; O Purgatorio de don Ramiro; Escrito na nèboa; Os camiños da vida; Arredor de si y Las palmas del convento.

En todos estos libros se manifiestan grandes volutuosidades estilísticas, emotividad, capacidad de evocación. Muchas de sus páginas son verdaderos monumentos de la prosa vernácula y permanecerán siempre en las antologías. Sus retratos de las ciudades levíticas de Galicia, tersas, secretamente tempestuosas, como Orense y Santiago de Compostela, llenas de perfumes litúrgicos y amores románticos; los pazos señoriales, el ambiente misterioso y vegetal de Galicia... Estos retratos que Otero Pedrayo ha conseguido son perfectos.

De otra parte—y aquí viene uno de los rasgos fundamentales de este escritor—está su simpatía intelectual por la antigüedad. Hay en Otero Pedrayo un evidente anhelo de clasicismo. Las resonancias de su formación humanística, su gusto por la latinidad y el mundo de los escritores helénicos, viene a compaginarse con los ámbitos legendarios y enigmáticos donde se mueve la *gens* galaica. Pero en esa dualidad, en este diálogo de especímenes distintos, triunfa siempre lo genuina y hondamente gallego, el fondo de misterio, los fantasmas del pasado.

Ramón Otero Pedrayo representa, por todos los conceptos expuestos, la más alta voz literaria de Galicia.